

Miguel León-Portilla

La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes

Ángel María Garibay K. (prólogo)

Undécima edición

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

526 p.

Ilustraciones

(Serie Cultura Náhuatl: Monografías, 10)

ISBN 978-607-02-8765-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de marzo de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/filosofia/nahuatl.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



UNA CIERTA DIVERSIFICACIÓN DEL SABER

Conocida así positiva y negativamente la figura de los sabios nahuas, la mejor manera de terminar este primer capítulo comprobatorio de la existencia de un saber filosófico náhuatl será presentando un último texto que ahora por vez primera se traduce íntegramente al castellano. Su importancia está en el hecho de que se menciona en él la existencia de sabios al lado de sacerdotes, asignándose a ambos grupos diversas funciones. En otras palabras, se pone de manifiesto que se tenía conciencia de que, además del saber estrictamente religioso, había otra clase de saber, fruto de observaciones, cálculos y reflexiones puramente racionales que, aun cuando podían relacionarse con los ritos y prácticas religiosas, eran en sí de un género distinto.

Precisamente los problemas descubiertos por los sabios nahuas, expuestos al principio de este capítulo, son resultado de tales meditaciones; son la expresión de sus dudas acerca del sentido de la vida y del más allá. Y que no se trata ya del saber religioso lo demuestra el hecho de la duda: el sacerdote, en cuanto tal, cree. Puede sistematizar y estudiar sus creencias, pero nunca aceptará problemas sobre aquello mismo que su religión profesa. Por esto, puede decirse que, aun cuando originariamente los *tlamatinime* pertenecieran a la clase sacerdotal, en su papel de investigadores eran algo más que sacerdotes.

Pues bien, es del libro de los *Coloquios de los doce* de donde procede el texto que habrá de mostrarnos esta diversificación de conocimientos y preocupaciones. Como ya se ha estudiado el origen y valor histórico de esta obra al hablar de las fuentes, podemos entrar ahora directamente en materia.³⁰ Nos encontramos aquí a los frailes

³⁰ Véase la Introducción. El interés principal de este libro está, como ya se ha indicado, en el hecho de que aparecen allí en abierta discusión los sabios nahuas,

adoctrinando a un grupo de señores principales en la recién conquistada Tenochtitlan. Con la instrucción se ha mezclado la condenación de las antiguas creencias indígenas. Los indios escuchan en silencio. Tan sólo cuando los frailes dan por terminada su lección, lo inesperado sucede. Se pone de pie uno de aquellos principales y “con toda cortesía y urbanidad” manifiesta cautelosamente su disgusto al ver así atacadas esas costumbres y creencias “tan estimadas por sus abuelos y abuelas” y, confesando no ser él gente sabia, afirma en seguida tener sus maestros, entre los que enumera a las varias clases de sacerdotes, a los astrónomos y a los sabios, quienes sí podrán responder a lo que los frailes han dicho:

- 1 Mas, señores nuestros (dice),
- 2 hay quienes nos guían,
- 3 nos gobiernan, nos llevan a cuestras,
- 4 en razón de cómo deben ser venerados nuestros dioses,
- 5 cuyos servidores somos como la cola y el ala,
- 6 quienes hacen las ofrendas, quienes inciensan,
- 7 y los llamados *Quequetzalcoa*.

- 8 Los sabedores de discursos,
- 9 es de ellos obligación,
- 10 se ocupan día y noche,
- 11 de poner el copal,
- 12 de su ofrecimiento,
- 13 de las espinas para sangrarse.

- 14 Los que ven, los que se dedican a observar
- 15 el curso y el proceder ordenado del cielo,
- 16 cómo se divide la noche.

- 17 Los que están mirando (leyendo), los que cuentan (o refieren lo que leen).
- 18 Los que vuelven ruidosamente las hojas de los códices.
- 19 Los que tienen en su poder la tinta negra y roja (la sabiduría) y lo pintado,
- 20 ellos nos llevan, nos guían, nos dicen el camino.

defendiendo su manera de ver el mundo ante la impugnación de los frailes. Más adelante nos serviremos también de esta misma obra para el estudio de la concepción náhuatl de la divinidad.

- 21 Quienes ordenan cómo cae un año,
- 22 cómo sigue su camino la cuenta de los destinos y los días y cada una de las veintenas (los meses).
- 23 De esto se ocupan, a ellos les toca hablar de los dioses.³¹

Comentario del texto:

Líneas 2-7. *hay quienes nos guían, nos gobiernan, nos llevan a cuestras, en razón de cómo deben ser venerados nuestros dioses, cuyos servidores somos como la cola y el ala, quienes hacen las ofrendas, quienes inciensan, y los llamados Quequetzalcoa.*

En el *Códice matritense de la Real Academia*, f. 119r y siguientes, se mencionan —después de haber hablado de los sabios— más de 30 clases distintas de sacerdotes. Aquí, en el texto de los *Coloquios*, se termina esta breve enumeración de las diversas especies de sacerdotes refiriéndose a los *Quequetzalcoa* o pontífices. Sahagún mismo señala claramente en varias ocasiones que el título de *Quetzalcóatl* se daba a los sumos sacerdotes o pontífices; así nos dice hablando de uno de ellos que ha dirigido un discurso al nuevo rey: “el orador que hacía esta oración era alguno de los sacerdotes muy entendido y gran retórico, alguno de los tres sumos sacerdotes, que como en otra parte se dijo, el uno se llamaba *Quetzalcóatl*”.³²

Línea 8. *Los sabedores de discursos.*

Tlatolmatinime, cuyo significado literal es “sabios de la palabra”. Sin duda se trata aquí también de los sacerdotes, ya que a continuación en las líneas siguientes se señalan varios de los quehaceres principales de estos sabedores de discursos.

³¹ *Colloquios y Doctrina Christiana... (Sterbende Götter und Christliche Heilsbotschaft...)* Edición de W. Lehmann, Stuttgart, 1949, p. 96-97; *API*, 10.

Al principio del capítulo III de este trabajo —donde se expone el pensamiento náhuatl acerca de la divinidad— ofreceremos la respuesta íntegra dada por los sabios a los frailes en la discusión principal que con ellos sostuvieron.

³² Fray Bernardino de Sahagún, *op. cit.*, t. I, p. 498.

Líneas 14-15. *Los que ven, los que se dedican a observar el curso y el proceder ordenado del cielo.*

El curso y el proceder ordenado del cielo: in iohtlatoquíliz in inematacachóliz in ilhuícatl. Dado el rico contenido ideológico de estos términos se hace aquí un breve análisis de ellos. *I-oh-tlatoquíliz:* es ésta una palabra compuesta del prefijo *i-* (su...) que se refiere a *ilhuícatl:* el cielo; *oh-* es el radical de *ohtli:* camino, y finalmente *tlatoquiliztli* (corrimiento), sustantivo derivado del verbo *tlatoquilia:* correr. Uniendo estos elementos puede darse esta versión más completa de *i-oh-tlatoquíliz:* *el corrimiento por el camino del cielo*, o sea el curso de los astros, que siguen su camino. El otro término: *inematacachóliz*, está formado por el mismo prefijo *i-* (su...) que se refiere también al cielo; *ne-* es otro prefijo personal indefinido: algunos; *ma-*: radical de *máitl*, mano; *taca:* poner, colocar; y *chóliz(tli)*, sustantivo derivado del verbo *choloa:* huir. Uniendo estos elementos, la voz *i-ne-ma-taca-chóliz* puede traducirse así: *coloca la mano sobre la huida del cielo*, o sea que va midiendo, con su mano, la huida o recorrimiento de los astros. Esta idea de que los astrónomos nahuas no sólo observaban sino medían encuentra doble comprobación en el calendario, que supone rigurosos cálculos matemáticos, y en el más obvio hecho de que la *máitl* (mano) era precisamente una medida entre ellos.

Líneas 17-19. *Los que están mirando (leyendo), los que cuentan (o refieren lo que leen). Los que vuelven ruidosamente las hojas de los códices. Los que tienen en su poder la tinta negra y roja (la sabiduría) y lo pintado.*

Se alude aquí a otra de las ocupaciones principales de los *tlamatime* o sabios nahuas: leen y comentan la doctrina contenida en los códices. Con una viveza y un realismo maravillosos, se los muestra “vuelven ruidosamente las hojas de los códices”, cosa inevitable ya que, siendo éstos largas tiras de papel hechas con cortezas de *amate* (*ficus petiolaris*) secas y endurecidas, al irse desdoblado necesariamente producían un ruido característico que evocaba la figura del sabio.

Líneas 21-22. *Quienes ordenan cómo cae un año, cómo sigue su camino la cuenta de los destinos y los días y cada una de las veintenas (los meses).*

Son éstos los conocedores de los calendarios: el *tonalpoahualli* o cuenta de los destinos, calendario adivinatorio, en función del cual se leían, desde el nacimiento hasta la muerte, los sinos que influían en la vida de los hombres y en el acaecer del mundo; y el *xiuhpoahualli* o cuenta de los años, formada de 18 veintenas (o meses), a los que se añadían 5 días más —los nefastos *nemontemi*— para completar el año solar de 365 días. Exigiendo estos calendarios complicados cálculos matemáticos, de rigurosa exactitud y universalidad, puede con razón afirmarse que su conocimiento y manejo constituía algo muy semejante a una ciencia.

Notable paralelismo guarda la descripción que aquí se hace de los *tlamatinime* o sabios nahuas con la dada por los viejos informantes de Sahagún: tanto aquí como allá se dice que ellos son los que poseen e interpretan los códices, los que guardan la tinta negra y roja, *in tllili in tlapalli*, expresión idiomática náhuatl que, como vimos, significa escritura y sabiduría. Aparece también aquí el sabio como guía, como persona que muestra el camino a los otros: expresiones casi idénticas se encuentran en el texto ya anteriormente ofrecido. Tan interesante concordancia, no buscada, ni artificial, pone de manifiesto una vez más la existencia de auténticos sabios o *tlamatinime* entre los nahuas.

Es más: la clara distinción hecha entre sacerdotes —líneas 2 a 13— y sabios (astrónomos, poseedores de códices y del saber, conocedores del calendario y la cronología) —líneas 14 a 23— confirma lo que se ha venido diciendo: tanto los indios informantes de Sahagún, como los que respondieron a los doce frailes, tenían conciencia de que había algo más que el mero saber acerca de sus dioses y sus ritos.

Había hombres capaces de percibir problemas en el “sólo un poco aquí” de todo lo que existe “sobre la tierra”; en la fugacidad de la vida que es como un sueño; en el ser del hombre, acerca de cuya verdad —de su estar o no en pie— poco es lo que se sabe, y finalmente en el misterio del más allá, donde quién sabe si hay o no

un nuevo existir con cantos y flores. Por otra parte, esos hombres capaces de oír dentro de sí la voz del problema son los mismos que componen los cantares donde están las respuestas; de ellos es la tinta negra y roja: escritura y sabiduría. Escriben y leen en sus códices. Son maestros de la verdad, tratan de hacer tomar una cara a los otros; se empeñan en ponerles un espejo delante para hacerlos cuerdos y cuidadosos. Y sobre todo investigan con curiosidad insaciable. Aplican su luz sobre el mundo, sobre lo que existe en *tlaltípac*, y osadamente tratan de inquirir también acerca de “lo que nos sobrepasa, la región de los muertos”.

Y aún hay más. Reflexionando sobre su propia condición de sabios y constatando en sí mismos un anhelo irresistible de investigar y conocer el más allá —lo que está por encima del hombre— certeramente llegan a expresar, engastada en un símbolo, la que podríamos llamar versión náhuatl del “nacer condenado a filosofar”, de que habla el doctor José Gaos:

- 1 Dicen que para nacer (el *tlamatini*): cuatro veces desaparecía del seno de su madre, como si ya no estuviera encinta y luego aparecía.
- 2 Cuando había crecido y era ya mancebillo, luego se manifestaba cuál era su arte y manera de acción.
- 3 Decíase conocedor del reino de los muertos (*Mictlan-matini*), conocedor del cielo (*Ilhuícac-matini*).³³

Y a estos “predestinados a saber”, a los *tlamatinime*, que en náhuatl quiere decir los *conocedores de cosas*: del cielo y de la región de los muertos, Sahagún los llamó filósofos, parangonándolos con los sabios griegos. Por nuestra parte opinamos que lo hizo sobre una base de evidencia histórica. Los textos nahuas presentados —que no son los únicos que pudieran aducirse— constituyen nuestras pruebas. Toca al lector valorizarlas, en función de lo expuesto al tratar de las fuentes, para formarse por sí mismo un criterio en esta materia.

Conocida ya la figura histórica del *tlamatini* o filósofo náhuatl, pasaremos en los siguientes capítulos —siempre sobre la base de los

³³ Textos de los informantes de Sahagún: *Códice matritense del Real Palacio*, en edición facsimilar de Paso y Troncoso, v. VI, f. 126; *API*, 11. Véase asimismo: Ángel María Garibay K., “Paralipómenos de Sahagún”, *Tlalocan*, v. II, p. 167, lugar de donde tomamos la traducción del citado texto.

textos— al estudio directo de su pensamiento y doctrinas. Y no queremos ocultar el hecho de que, a excepción de Nezahualcóyotl, de Tecayehuatzin, de Tlacaélel y de algún otro sabio rey o poeta, poco es lo que podremos decir respecto del nombre y rasgos biográficos de los varios pensadores cuyas ideas se estudiarán.

Una doble explicación puede darse a este hecho. Por una parte, quienes transmitieron las doctrinas filosóficas nahuas fueron, en su mayoría, no los sabios mismos, sino los antiguos estudiantes de los varios *Calmécac* que, habiendo recibido en su época las ideas en boga, no se cuidaron por lo general de dar el nombre de sus maestros. Por otra parte, la elaboración de la filosofía náhuatl no puede atribuirse —al igual que en el caso de los orígenes de la filosofía hindú contenida en los *Upanishadas*— a pensadores aislados, sino más bien a las antiguas escuelas de sabios. Y es que no hay que juzgar puerilmente con el criterio individualista de la cultura occidental moderna las agrupaciones más socializadas de los sabios de otros tiempos y latitudes.

Así, en el mundo náhuatl hay que atribuir el origen último de su filosofía, desde los tiempos toltecas, a toda una serie de generaciones de sabios, conocidos por la más antigua tradición como los que

llevaban consigo
la tinta negra y roja,
los códices y pinturas,
la sabiduría (*tlamatiliztli*).
Llevaban todo consigo:
los libros de canto y la música de las flautas.³⁴

³⁴ Textos de los informantes de Sahagún: *Códice matritense de la Real Academia* (edición facsimilar de Del Paso), v. VIII, f. 192r, AP I, 12. Este mismo texto fue citado por Seler en su trabajo *Das Ende der Toltekenzeit* (en *Gesammelte Abhandlungen...*, t. IV, p. 352), quien indica allí que procede del Catalogue des Manuscrits Mexicains de la Biblioteca Nacional de París, n. 46-58. Dichos documentos forman la llamada por Boturini *Historia tolteca-chichimeca*.

Con el fin de aclarar esta divergencia en las citas, buscamos el texto cuidadosamente en la edición facsimilar que de dichos manuscritos hizo Mengin (volumen I del *Corpus Codicum Americanorum Medii Aevi*) sin encontrarlo. Como hallamos por otra parte dos versiones de él en los textos nahuas de los informantes de Sahagún, parece que se trata de un mero error de Seler al citar. A no ser que, respetando el parecer del notable maestro alemán, supongamos que las líneas citadas se hallen incluidas en algunas de las secciones de los manuscritos 46-58 de la

Éstos fueron tal vez quienes crearon en fecha remota el símbolo maravilloso del saber náhuatl, personificado legendariamente en la figura de *Quetzacóatl*.

Más de lo que se ha dicho sobre la falta de datos biográficos de la gran mayoría de los *tlamatinime* no debe concluirse que desconocieran éstos el concepto y el valor de la persona humana. Sus opiniones sobre este punto, que expondremos al tratar de sus ideas acerca del hombre, prueban radicalmente lo contrario. Y aun el mismo texto ya citado, donde se describe la figura del sabio o “philosopho” náhuatl, que tiene por misión enseñar a los hombres para “hacer que aparezca y se desarrolle en ellos *un rostro*”, así como “poner delante de sus semejantes un espejo”, para que conociéndose se hagan cuerdos y cuidadosos,³⁵ muestra el gran interés de los *tlamatinime* por acabar con el anonimato humano tan plásticamente descrito por ellos como “carencia de rostro” en los seres humanos.

Y si el rostro es —como se ha probado y se estudiará aún más— el símbolo náhuatl de la personalidad, complementan los sabios nahuas este concepto desde un punto de vista dinámico, añadiendo la mención expresa del corazón —fuente del querer— que, según hemos visto en el mismo texto, “debe ser humanizado” por el *tlamatini*, que da así un carácter genuinamente humanista a su misión de formar hombres en el *Calmécac* y el *Telpochcalli*.

Biblioteca Nacional de París no publicadas en la edición de Mengin. Pues, como lo expresó el señor Barlow al doctor Garibay, habiendo examinado los mencionados documentos de la Biblioteca Nacional de París, pudo verificar que, no obstante los méritos de la edición facsimilar de Mengin, ésta es incompleta. En este caso, tendríamos aquí un nuevo ejemplo de lo bien arraigado de la enseñanza oral impartida a los indios, que les permitió conservar el mismo texto en regiones tan distintas como son aquéllas de donde proceden la *Historia tolteca-chichimeca* (Tecamachalco, Puebla) y los testimonios de los informantes de Sahagún (Tepepulco, Tezcoco y México).

³⁵ Véase el texto completo ofrecido ya en este mismo capítulo, donde se mencionan estos rasgos profundamente “humanistas” del *tlamatini*.